

### José Antonio Cousiño

Alain Guy. ORTEGA Y GASSET. CRITIQUE D'ARISTOTE. L'ambiguïté du mode de pensée péripatéticien jugé par le ratiovitisme. Editions Privat. Paris et Toulouse. 1963. 203 págs.

ALAIN GUY no es persona ajena al pensamiento español, antes bien, es un acucioso conocedor que ha dedicado a éste buena parte de su vida. En 1943, publica un trabajo sobre el pensamiento de Fray Luis de León, al que sigue otro sobre el "progreso de la especulación filosófica y teológica en Salamanca durante el siglo XVI"; dos volúmenes titulados "Los filósofos españoles de ayer y de hoy", traducido al castellano y publicado por Losada en 1963; el presente libro y otro sobre Miguel de Unamuno aparecido recientemente en Francia.

En "Ética de los griegos", artículo publicado en "Espíritu de la Letra" (Madrid, Rev. de Occ.) escribía Ortega en 1926: "Grecia es una piedra de toque para el intelectual. El sonido que emita su alma al tropezar con aquélla revelará sus cualidades últimas. Entonces se ve si es un hombre de meras frases, de posturas, de carantoñas, un lindo o, por el contrario, un hombre de intuiciones inmediatas, afanoso por sumergirse en las cosas y de transmigrar desde sí mismo a los objetos para volver, como el buzo, sucio, roto, pero cubierto de algas y auténtica fauna abismal". (Esp. de la Letra, pág. 31).

Algo semejante es lo que pretende Guy con Ortega, con ocasión "de su memorable encuentro y su ardiente diálogo con la filosofía helénica y, particularmente, con el peripatetismo" (p. 9). Este encuentro tiene lugar "en uno de sus mejores libros póstumos", *La Idea de Principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva* (Emecé Editores, B. Aires, Biblioteca de la Rev. de Occidente, 1958), obra en la cual Ortega "no teme atacar un dominio de la historia de la filosofía ya extremadamente hojeado por decenas de generaciones de comentaristas sucediéndose a lo largo de veintitrés siglos". En ella "parece haber concentrado sus más sutiles esfuerzos de alta abstracción, tema al que, sin duda, habría consagrado aún más horas si la muerte no lo hubiera arrancado prematuramente en 1955". A su juicio el resultado es tan valioso que lo consagra, "si eso fuera necesario, como un filósofo poderoso y auténtico" (p. 10). A pesar de los trabajos de Julián Marías, Ferrater Mora, Manuel Granell, Fernández de la Mora y tantos otros, para quienes, especialmente los dos últimos, Ortega es un gran escritor, ensayista de primer orden, pero no precisamente un filósofo, cree Guy necesario afirmar lo contrario, concediéndole a los detractores ("aux superficiels détracteurs") el que hay obras, tales como *La Rebelión de las Masas*, *La Deshumanización del Arte*, *España Invertebrada*, etc., que pueden ser así consideradas", pero la reciente publicación de *La Idea de Principio en Leibniz* no permite que, en el futuro, pueda hacerse una afirmación de esta especie" (p. 13).

Debemos advertir en este punto, que los temas "expuestos" por Alain Guy se hallan realmente "pensados" en *Hacia Ortega, I El mito del origen del hombre*, del Prof. Francisco Soler Grima. (Facultad de Filosofía y Educación. Universidad de Chile. Santiago, 1965). Es necesario referirse a esta obra para tener una idea clara de estos problemas vistos "desde dentro", como el autor mismo señala.

Después de esta disquisición introductoria, pasa Guy a exponer la visión orteguiana del "modo de pensar" de la antigüedad. Comienza con los *principios* y sigue fielmente la línea de la investigación que en el "Leibniz" realiza Ortega, la que permitirá, siguiendo esta idea a través de la historia de la filosofía, que se nos revele lo que cada filósofo entiende por pensar dándonos "el perfil detallado de su 'modo de pensar' y su 'ángulo de ataque' de las *aporias*" (p. 21). Parecería natural iniciar esta investigación por los presocráticos, sobre todo en una época como la nuestra que los ha valorado particularmente. Se dejará a un lado a Sócrates "por no tener lugar en este estudio", para llegar luego a Aristóteles. En él se ven *principios* y *conceptos*, y "la administración ilusoria de la prueba lógica".

Como ya se ha dicho, en lo que sigue, Guy se limita a exponer el "Leibniz" de Ortega relacionándolo con otros textos del mismo pensador. Su intento es mostrar en un conjunto coherente el punto de vista del raciovitalismo sobre el modo de operar la razón en la antigüedad greco-latina. Por tratarse de obras bien conocidas, que por lo mismo no tienen necesidad de esta nota, nos limitaremos a mostrar, en adelante, algunas de las críticas que Guy hace a Ortega a propósito de este "encuentro".

La tentativa de Ortega de someter a un inventario sistemático las proposiciones del "modo de pensar" de la antigüedad sobre el conocimiento exacto, a través de la razón aristotélica, le parece que responde a lo que el pensador español llamaba "la audaz vocación de la filosofía", la que pretende escrutar en forma indiscreta los fundamentos más universalmente admitidos del *nous* y la *praxis* tradicional. Bajo este aspecto, su tratamiento de la lógica y la psicología peripatéticas es del mayor interés (p. 183). Aunque, piensa, se podría matizar ciertas interpretaciones propuestas por Ortega, como por ejemplo, el sensualismo que le reprocha a Aristóteles: ¿es tal como él lo ve? "Podría oponer muchas fórmulas antisensualistas del Estagirita, como aquella de los *Segundos Analíticos* (I, 31, 87b 28) que dice: 'no se puede conocer por la sensación'". Recuerda, también, la lucha sostenida por Aristóteles contra los atomistas y los naturalistas y, basándose en Hamelin, señala que el sensualismo, más que obra de Aristóteles lo es de sus sucesores Teofrasto y Dicearco, además de lejanos discípulos, herederos de cierto averroísmo.

Le parece, además, excesiva "la versión completamente empirista que Ortega proporciona del estoicismo" (p. 184) y se pregunta si aquella brillante conexión que éste hace entre el estado patológico e hipnótico de la catalepsia y la representación comprensiva, no es un poco forzada. Esta vez su objeción se sostiene en otros especialistas: Zeller, Überweg "y otros", para los cuales esta operación original del espíritu (la comprensión) es específicamente activa y exige la intervención del sujeto. Los estoicos, dicen ellos, lejos de aceptar pasivamente el consenso universal, por ejemplo, jamás daban su asentimiento a nada sin antes efectuar un análisis detenido, crítico y personal (pp. 184 y s.). Otro caso en que las opiniones no serían coincidentes.

Otra de las críticas se refiere a un pretendido idealismo orteguiano aún no dilucidado. "No es imposible estimar que Ortega ha estado 'influenciado' en exceso en su interpretación de Aristóteles por su primera formación kantiana, recibida en Marburg antes de la guerra de 1914. Así como Natorp con-

sideraba a Platón como un precursor del filósofo de Königsberg, Ortega confiesa explícitamente que, a sus ojos, la teoría aristotélica de los principios constituye una verdadera 'deducción trascendental' que recuerda a la *Crítica de la Razón Pura*; aún más, tal como él la presenta, se parece extrañamente a la construcción kantiana de los conceptos" (pp. 186-187). La objeción de Guy quedaría en un preguntar de difícil respuesta sobre si Ortega respeta suficientemente la inmensa distancia, en el tiempo, que separa a ambos pensadores, pregunta que nos parece carecer de sentido desde la perspectiva orteguiana.

También ofrece problemas a Guy la concepción que nuestro pensador tiene de la ontología, pero su refutación viene ahora desde pensadores de tendencia reconocidamente distinta de la de Ortega, los que siguen una tradición y un "modo de pensar" que éste no compartía. Se trata de L. Cencillo, Angel González Álvarez, J. Zaragüeta y otros, mencionando al pasar también algunas opiniones de Georges Bastide y Joseph Moreau.

Concluye, diciendo que Ortega hace suyos el raciovitalismo y el perspectivismo y, que en función de un lento y seguro progreso de lo humano hacia el advenimiento de un pensar plenamente crítico, "interpreta, en la más importante de sus obras póstumas, el peripatetismo como una etapa todavía humilde y grávida de ambigüedad, y que si Ortega se nos aparece, en último análisis, como un historiador de la filosofía perfectamente valedero, aunque muy personal en sus apreciaciones, es porque ha sabido además ser un coherente filósofo de la historia, que ha interpretado en una visión sintética, todo el conjunto del devenir occidental "en marcha hacia un *Mehr Licht!* para retomar las palabras de Goethe, el poeta-pensador tan caro al corazón de José Ortega y Gasset..." (p. 199).

El libro, en general, es pobre. Se limita, como ya se ha dicho, a una exposición de poco vuelo de la mencionada obra de Ortega, pareciendo tener por objeto —más que un análisis de ésta— una exposición de su contenido dirigida a un público que la desconoce. Si así fuera, su misión está cumplida, pero nada más puede decirse de ella.